

estudio y de su hogar; con tales prendas, la mujer podrá labrar la felicidad de su esposo, educar á sus hijos sin entregarlos á manos mercenarias, fomentar el bien en sus tiernos corazones; y si andando el tiempo tuviere la suerte de ver que ellos, con su buen talento, se sabían adquirir una posición honrosa, podría exclamar: ¡he cumplido la misión que Dios me ha encomendado! Pero ¡qué diferente es el cuadro que ofrece una madre necia, de esas que toda su ocupación es pensar en la elegancia de un traje ó en saber las noticias más culminantes del círculo en que viven! Esas mujeres no pueden educar á sus hijos, pues el tocador ocupa la mayor parte de su tiempo, ni enseñarles nada útil, ni nada moral, pues sus distracciones constantes son averiguar vidas ajenas ó necias trivialidades; esas son las madres que dan á la sociedad hijos afeminados ó hijos volubles; esas son las mujeres que cubren de oprobio el santo nombre de madre. Otra clase de mujeres menos mala que la anterior, es la que educada en las antiguas preocupaciones sólo sabe mal escribir, sin ortografía, coser y hacer calceta; estas mujeres no pueden ser nunca el ángel protector de su hogar, pues su limitada inteligencia no le procurará nunca medio alguno de salvación en las mil contrariedades de la vida, y educará á sus hijos rutinariamente y de tal manera, que si tienen un revés de fortuna sean inútiles para evitarlo ó para ganarse la subsistencia de un modo decoroso, por todo lo cual hay que convenir en que es de absoluta necesidad que la mujer sea instruida, pues sólo así podrá cumplir con el deber más sublime que Dios le ha impuesto sobre la tierra, que es el de la maternidad.

I. DE LA M.

UN ÁNGEL DE CARIDAD.



BIEN expresada está por las artes gráficas la caridad al representarla por un ángel, pues su misión es tan célica, la virtud es espiritual en grado tan alto, que á pesar de cultivarse por un número de personas, brilla cual resplandeciente auréola, cuando saliéndose de la esfera usual muéstranos verdaderamente paño de lágrimas, con el cual se enjugan las de tanto infeliz como por desdicha vive en la tierra.

Para la caridad no existen límites; todo cuanto parece estar bajo la humana acción, y aun mucho de lo inesperado, lo emprende con fe ciega y convicción íntima, no por el vano placer de mostrarse á la faz del orbe, sino por la satisfacción interior que goza el corazón noble de enjugar una sola lágrima del prójimo aun á costa de otra gota de sangre que cede feliz y contento. Pero á esta caridad, sólo de acción, que con fortuna y valor puede llevarse á cabo, aventaja otra caridad que remedia el mal y consuela la aflicción, que conoce la llaga, la venda y medicina, moralmente, á fin de hacer cesar la producción del daño. Esta caridad está reservada á las mujeres, y por regla general á la joven hermosa, que al aparecer en la mansión de dolor ilumina con su auréola angélica aquel espacio triste y sombrío.

Parece contraste, y es lógico no obstante por regla general: esos *ángeles de la Caridad* son jóvenes de posición elevada y belleza grande, pues la Providencia desde la cuna las destina al bien, haciéndolas superiores á sus semejantes tanto en lo físico como en lo moral. Ejemplo patente de ello es la bellísima Srta. Da Margarita Pedroso, reputada en Cuba por su filantropía y elevados sentimientos.

No obsta su elevada jerarquía ya que es hija del Excmo. Sr. Marqués de San Carlos de Pedroso, para que ella, guiada por su corazón caritativo, tienda siempre la mano bienhechora en pro de la desgracia, tanto por lo que su fortuna le permite cuanto por los medios indirectos empleados por ella para lograr se asocien sus amigas y el público en general á obra tan meritoria. Cuba lo reconoce bastante ya que en cada catástrofe ocurrida se ha pronunciado por los afligidos el nombre de Margarita como el de un ángel caritativo.

Y como á unos elevados sentimientos corresponde, su talento brillante no sólo en los conocimientos generales de la mujer bien educada, sino que saliéndose de la esfera usual penetra en los conocimientos superiores poseyendo vasta ilustración, así como reconocido talento artístico, que le sirve, como toda su alma bellísima, para consolar la desgracia.

No olvidará nunca la ciudad de la Habana cuando Margarita, para proporcionar recursos á los infelices, ha pisado el palco escénico cual si con la punta de sus alas rozara el suelo, ya que á su hermosura reunía la bondad y caridad necesarias para, prescindiendo de las etiquetas sociales de su posición elevada,

salir á cantar óperas varias veces, y cantarlas como ella sabe, maravillosamente, pues á su talento y dominio de la música unía en aquellos instantes su hermosura, embellecida por la certeza de su grande y noble acción.

Esto, que es digno de aplauso hácia quien, como la Srta. Pedroso, estando siempre dispuesta á favorecer la desgracia lo ha repetido varias veces, no es encomiado con unas líneas tributo de respeto y homenaje al mérito.

La mujer no es sólo notable por su hermosura y talento; las dotes morales, verdaderas joyas del corazón, imprimen una auréola de grandeza superior á cuanto puedan las artes y las letras deberle. Estas son siempre meritorias, realzan á quien las posee, pero es inmenso su valor si el corazón domina, haciendo de la mujer lo que debe ser, el ángel de paz y ventura en el hogar de las familias.

La Srta. Pedroso une estos preclaros timbres á sus condiciones sociales, añade las dotes de bondadosa en extremo, y siendo aristocrática por nacimiento y educación, es sumamente sencilla cual su instrucción y modestia requieren. Los amigos veneranla, pues no saben qué admitir más, si su hermosura excepcional, don de la naturaleza; ó las relevantes dotes morales que la superan y hacen honda impresión en cuantos tienen la dicha de tratarla y comprender cuánto vale joya tan rica en el tesoro moral de la sociedad.

FEDERICO CAJAL.

LA ROCA DEL SUSPIRO.

(TRADICIÓN VASCONGADA.)



EN las montañas de Vizcaya, bajo su cielo ceniciento, y en su costa bordada de escollos y salpicada por un mar casi siempre turbulento y sombrío, sobre un promontorio de granito que avanza en áspero talud entre las olas del Océano, alzanse en la misma roca, asentadas, las ruinas de un castillo, medio cubiertas de zarzas y de yedra, y solamente habitadas por el espantadizo buho y el medroso murciélago: como toda ruina, tiene su tradición ó leyenda, y como toda leyenda, la suya aparece sencilla, apasionada y melancólica, levantándose como indecisa niebla ante el fulgor de la aurora, sobre aquellas piedras carcomidas por el paso del tiempo y el constante batir de las olas.

Cuentan que allá, en lejanos días, cuando el castillo se elevaba arrogante, vivía en su recinto un anciano señor de noble linaje, aunque de escasas rentas, que por su mejor fortuna tenía una nieta bella como una mañana de primavera, y de alma tan angelical como la sonrisa de un niño; pobres y retirados á la morada de sus mayores, vivían con algunos fieles y antiguos vasallos, tan ajenos á las vanidades mundanas, como felices con su ignorada existencia.

No lejos del castillo, y sobre la misma costa, existía una populosa ciudad, punto de partida y regreso de los aventureros del Nuevo Mundo: llena de mercaderes y de nobles enriquecidos con el oro de las Américas, era su recinto albergue de todos los placeres y semillero de todos los vicios; en ella, disfrutando de cuanto la fortuna alcanza, vivía un pechero á quien por su oro acababan de dar flamante nobleza, el cual tenía un hijo, mozo de gallarda presencia y corazón valiente para riñas y cuestiones, pero de alma voluble é imaginación soñadora, y de tan frágil voluntad, que jamás pudo en cosa alguna demostrar la virtud de la constancia. Como fué, no se sabe, pero lo cierto es que en una excursión que hizo á los alrededores, conoció á Irene, la Castellana, como en la comarca la nombraban; y ávida su alma de la pureza, causada del cieno en que siempre vivió, sintió abrasadora la llama del amor, consiguiendo, al fin, que la joven le diera algunas citas al pie de su morada entre los mismos escollos de la costa.

Lo que había de suceder se realizó: el mozo amante, la doncella rendida al primer aliento de su virginal corazón, ambos se amaron, pero ninguno de los dos selló su alianza con iguales cadenas; mientras la virgen entregó los tesoros de su alma apasionada, el doncel dejó vagar su pensamiento en los espacios de un porvenir desconocido, y mientras ella dijo: «Después de su amor, la muerte;» él pensó: «Después de mi pasión, el hastío.»

Así las cosas, y en una noche de plácida velada, uno de los servidores del castillo, hablando de los sucesos próximos á realizarse en la vecina ciudad, dijo, ignorante acaso de los amores de su joven señora, ó tal vez descando curar el mal que no desconocía: que era cosa cierta la boda del hijo de D. Diego con una judía recién convertida al Cristianismo.